



Rvdo. Beverly Carradine  
(1848-1931)

# *EL NOMBRE DE JESÚS*

por Beverly Carradine

## POR QUE ESCRIBO

Beverly Carradine

Mis razones para escribir sobre el tema de la entera santificación, son las siguientes:

PRIMERO: Deseo ayudar a personas que, como yo, han vivido en una cierta clase de servidumbre todos los años de su vida cristiana deseando un reposo espiritual perfecto, sin saber como lograrlo. Me dirijo a ellos.

SEGUNDO: Escribo a los jóvenes de la nueva generación. Ellos necesitan ser enseñados en cuanto a esa doctrina. Si nosotros no les ayudamos a comprender lo que nuestros ancianos y padres han sabido, ¿qué ha de ser el futuro de estos preciosos jóvenes?

TERCERO: Plenamente consciente de mis propias debilidades e indignidad, me dedico a abogar por una experiencia que me llena y me conmueve al escribir de ella. Me constituyo defensor y sustentador de una doctrina que sé es verdadera porque ha sido transformada en una realidad bendita en mi propia alma y en mi vida. “Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo”. Una sola experiencia de la vida regenerada y santificada vale más que diez mil teorías.

CUARTO: Con razón puede decirse que no existe un conocimiento correcto generalizado de la santificación entera como algunos creen. Hay miles que ignoran cuál es la entrada a la vida santificada y otros miles ignoran la naturaleza de la bendición misma. Si se les pregunta de qué se trata, nueve de cada diez contestarán que significa crecimiento en la gracia, a pesar de que las Escrituras claramente enseñan que el crecimiento es la obra del hombre y la santificación es la obra de Dios.

Por estas razones escribo y hablo de cosas que he visto y experimentado.

# *EL NOMBRE DE JESÚS*

por Beverly Carradine

Muchos nombres han sido dados al Salvador por causa de su grandeza y los diferentes aspectos de su carácter y obras. Por medio de varios tipos y figuras como también títulos, el Espíritu de Dios procuraba presentar al inagotable Cristo en las Sagradas escrituras a la mente y el corazón, para que los hombres obtuviesen alguna comprensión aproximada de la excelsitud y amplitud del Redentor del mundo.

El nombre de Jesús, traído por el ángel desde el cielo y entregado a María, parece el más querido y precioso al alma humana de todos los nombres y las descripciones que le fueron dadas. Quiere decir Salvador, pero también ha llegado a ser la personificación verbal de todas las gracias y virtudes como también los poderes del maravilloso Hombre de Galilea.

No obstante todo lo que este nombre significa, de amor sacrificio y gracia redentora, tenemos que notar en primer lugar que nunca hubo otro nombre tan despreciado u horriblemente tratado. Algunos de nosotros somos extremadamente sensitivos tocante a lo que se dice de nosotros, pero si multiplicásemos un billón de veces los improperios, las calumnias, y las acusaciones dirigidas contra los más prominentes y aborrecidos maestros religiosos, todavía sería poco en comparación con los abusos tan grandes cometidos contra el “Santo de Dios.”

No existe ser tan indigno que no tenga una manera de hablar de Cristo como si Él fuera aún más vil. Ninguna edad, o sexo, o negocio, o vocación, o clase en la sociedad es libre de este lenguaje de profanidad y blasfemia. Desde el lustrador de zapatos hasta el comerciante; desde el marinero hasta el almirante; desde el general hasta el soldado; desde el juez en la corte hasta el jinete en el caballo; desde el editor en su oficina hasta el vendedor de periódicos en la calle; en todas partes oímos el Sagrado, Santo nombre de Jesús conectado con juramentos horribles e imprecaciones blasfemas. Hombres que respetan los nombres de gobernadores mundanos y reyes de naciones, no tienen ninguna veneración o reverencia para el nombre que Pablo dice es sobre todo nombre, y que pertenece a quien es el Rey de reyes y el Gobernador del universo.

En segundo lugar, no hay otro nombre odiado tan común y amargamente. Cristo mismo dijo que el mundo le aborreció. Ninguno de nosotros puede decir eso. Algunos pueden contar hasta una docena de enemigos activos, y otros enumeran posiblemente algunos cientos de adversarios. Pero el Salvador tiene todo el mundo no regenerado en contra de Él, según sus propias palabras.

También hay un odio entre su propio pueblo levantándose en contra de Jesús. Él fue herido en la casa de sus amigos y dijo que la mano que le entregó estaba con Él en la mesa.

Además, cuando Él predicaba las verdades más profundas del evangelio, muchos de sus discípulos le dejaron y no le siguieron más. Aún hoy día esta aversión notable es evidente, cuando vemos a los que profesan amar a Cristo, pero abominan algunas de sus palabras, que evitan a los de su verdadero pueblo. Ellos toman en ridículo la especial y eminente obra de la purificación del alma por el bautismo con el Espíritu Santo.

Como el pueblo religioso, somos desaprobados por algunos y frecuentemente provocados. Pero el Salvador fue odiado por muchos, y sin razón justa. Al hablar del espíritu de esta conducta antinatural, enmerecedora de perdón, Él dijo: “Me odiaban sin causa.”

La tercera verdad acerca del nombre de Jesús es que ningún otro tiene tantos discípulos. Alejandro tenía sus falanges, César sus legiones y Napoleón sus ejércitos que siguieron a sus jefes hasta la muerte. Su número llegó hasta algunos millones. Pero ¡qué de las multitudes que

creen en Cristo, que le siguen fielmente y morirían por Él con gozo y buena voluntad! Todos los reyes de la Tierra juntos no podrían reunir un ejército en ninguna parte o en ninguna ocasión, como él que se presentaría al frente al escuchar el nombre Jesús. Además, este hecho maravilloso existe en todos los países y por todos los siglos: “El día de Alejandro, César y Bonaparte pasó. Ahora no tienen ni ejército ni seguidores. Pero Cristo es el contemporáneo de todos los siglos y se realiza como una presencia consciente, una personalidad coronada, y una influencia y poder omnipotente en cualquiera y en todos los siglos.

El rey de Inglaterra, por ejemplo, encontraría dificultad en levantar un ejército en los Estados Unidos. Pero Jesús conseguiría una multitud en cualquier nación en cualquier año, en cualquier día y en cualquier momento.

De los palacios, chozas, colegios, fincas, talleres, tiendas, oficinas, hospitales, prisiones, buques, ejércitos, marinas, minas, selvas y del interior del desierto mismo, saldría una grande multitud de seguidores. Estos serían más numerosos que todos los ejércitos activos, las reservas y las procesiones civiles, políticas y fraternales de la tierra, cien mil y un millón de veces tanto y más. Seguramente hay otro nombre como el nombre de Jesús.

En cuarto lugar, no hay otro nombre como el nombre de Jesús. Hay términos y títulos muy preciosos al corazón humano, como hermana, esposa, madre, hogar y cielo; pero muy encima de todos, en cuanto a profundidad de amor e intensidad y eternidad de afecto, gratitud, lealtad y devoción, se eleva el nombre de Jesús. El apóstol dijo la verdad es “sobre todo nombre.”

Si se tomara un bote de cual sea la apelación más querida y apreciada en la Tierra, la multitud no regenerada ni iluminada sin duda votaría para ciertos lugares o individuos en el círculo del hogar y la sociedad. Pero los cristianos, sin vacilar, convendrían en el nombre de Jesús.

El escritor de este artículo se inclinó sobre el cantante, profesor Rinehart en su lecho de muerte, y le preguntó: “¿Conoce Ud. a Jesús, mi hermano?” El solo nombre de Jesús volvió al hombre de su estado de inconsciencia y mirando hacia arriba con un torrente de lágrimas y su rostro iluminado dijo: “Sí, ¡gracias a Dios! Sí, ¡gracias a Dios!” y en el momento entró en las sombras de la muerte. Era la única palabra que podía haberle vuelto en sí, porque es el nombre sobre todos los nombres.

Finalmente, es sobre todos los nombres en lo que respecta a la salvación. No hay otro nombre debajo de los cielos, dada a los hombres por el cual pueden ser salvos. Mencionar otro nombre es solamente burla sino blasfemia. Fácilmente podemos concebir el disgusto y horror que causa a muchas personas cuando sus corazones están quebrados con convicción por causa del pecado en ellos, y el nombre de algún mortal es levantado como la esperanza y liberación del alma angustiada y desesperada. En tal ocasión, miramos tan naturalmente a Jesús como los discípulos azotados sobre las de Galilea clamaron a Él para ayuda y salvación.

En nuestro temprano ministerio, la iglesia y las reuniones campestres abundaron y resonaron con sermones acerca del nombre de Jesús. Él fue exaltado y hecho no solamente prominente sino preeminente en casi todos los discursos oídos. Los predicadores “predicaron a Cristo” y era en verdad maravilloso ver los resultados. Altares se llenaban; el poder de Dios caía y había conversiones tan claras y brillantes como un día sin nubes.

El himno que oímos en cientos de diferentes cultos, y que no hemos escuchado en ninguna iglesia o campamento religiosos por más de quince años, era:

“El nombre de Jesús, alto sobre todo es,  
En Tierra, infierno y cielo es Él,

Diablos temen y huyen a la vez  
Póstrense hombres y ángeles delante de Él.”

Los textos favoritos en esos días eran: “El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”; “No me avergüenzo del evangelio; porque es potencia de Dios para salud a todo aquel que cree”; “Mas lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”; “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” “Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos, Amén. Y tengo las llaves del infierno y de la murete.” Estos y semejantes pasajes fueron usados no solamente por los ministros en general, sino por los grandes predicadores quienes como oficiales visitaban la conferencia anual, o fueron invitados par tomar el púlpito en las reuniones campestres.

Como el nombre que es sobre todo nombre fue exaltado, el Espíritu de Dios caía sobre la Palabra, el predicador y el pueblo. Hemos visto grandes congregaciones movidas bajo el divino poder como un bosque o un campo de trigo movido, sacudido y doblado debajo de un fuerte viento de los cielos.

¡Cuán seriamente estos predicadores leían los himnos acerca del Hijo del Hombre y el Hijo de Dios! ¡Con qué solemnidad ellos levantaban al Cristo entristecido, latigado, rechazado, crucificado, moribundo, resucitado, y ascendido! ¡Cómo el pueblo escuchaba, atentamente! ¡Cómo hemos visto el Espíritu caer de repente e irresistiblemente! Y como la audiencia, voceando, llorando, riéndose, derramando lágrimas, orando intercediendo, batiendo las manos, se presentaba a la vista asombrada de una gran multitud de espectadores.

¿Quién podría mantener el pensamiento por un momento que otro nombre podría haber producido tal escena? ¿Sobre qué otro nombre descendería el cielo con su poderosa ratificación y poder aprobatorio? El mismo abismo se levantaría en contra de cualquier otro que se jactara ser igual, exclamando: “A Jesús conozco . . . opero tú, ¿quién eres?”

No, no hay otro como Jesús en la Tierra o el cielo. Como el Principal, el más Alto, y el más Grande, todo poder le ha sido dado . El subyugará todos sus enemigos y regirá las naciones. Todo el mundo recibirá la ley de su boca. Y del día final la Biblia dice: “Dios también le ensalzó a lo sumo, y dio un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla . . . y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, a la gloria de Dios Padre.”  
Fil. 2:9-11.